

*Primer lugar, 1988*

TODAS LAS NOCHES SON PARDAS

Armando Oviedo Romero\*

*¿Cómo podés tener lástima  
a una gata, a una leona?*

Horacio Oliveira

I

**A**l cerrar la puerta escuché los ruidos que hacían pero no tenía fuerzas para salir de nuevo y correrlos. Me bebí un vaso de ginebra para liberarme del nerviosismo que me tenía atrapado, puse el disco *After Hours* de Gato Barbieri y me recosté en el sillón. Sentía el cuerpo entumecido pero creo que comenzaba a recuperarme. Cerré los ojos y me dejé llevar por la música. “Graciela, la bella y extraña Graciela, ojos verdes, andar ligero, bruja de media noche, gacela semanal, no dejé que te quedaras. Terminaron tus juegos crueles que quisieron dominar mi animadversión, mi repulsa instintiva a tus bromas, a tu forma de ser. Tú me encontraste, yo tenía que perderte...”

II

La fiesta estuvo animada pues Benjamín nunca dejará de ser buen anfitrión. El alcohol, más que

\* Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Aragón.

el baile, hizo rápidos estragos entre la concurrencia; gente desconocida que al amanecer se pregunta su nombre después que se han recorrido el cuerpo durante la noche. Así fue exactamente como supe que Graciela era Graciela. Amanecí en su casa, sobre su cama y entre un nudo de brazos, cobijas y piernas, yo le dije "Gacela" como equivocación y por su comportamiento nocturno; aunque, según pude comprobar semanas después, merecía otro sobrenombre más acorde con su cuerpo de movimientos ágiles y salvajes. En cambio para ella fui su gatito Rogelio; nada más contradictorio pues con mis noventa y tres kilos mal distribuidos, lo único ágil que se me puede detectar, es la velocidad para devolver un albur y de los gatos ¡ni hablar!, los odio proporcionalmente a como adoro a los perros, pero me gustaba Graciela para más de una noche y está visto que el deseo vuelve condescendiente al más rejego.

### III

No podré olvidar esas noches en que, aparentando timidez, Graciela llegaba y en un instante modificaba el ronroneo por el zarpazo artero. Yo me consideraba tierno y moderado, sin excesos y de estilo técnico pero con Graciela el cabalgar nocturno era derroche de fuerza física y apelación a la fuerza de voluntad. Mi paso de caballo viejo se encabritó con la felina sobre mi lomo. Cada semana nos revolcábamos como gatos furiosos, sacudiendo la cama con violentos espasmos; las sábanas so-

bre-debajo de nuestros cuerpos, crepitaban y soltaban chispas que ya incendiaban la sangre desbordada por las filosas uñas de Graciela que habían desgarrado mi espalda. Mientras su lengua se entretenía en mi oreja, yo la sacudía, la volteaba, me enredaba en ella sumiéndome en sus pechos endurecidos, apretándome entre piernas ardientes y su sexo húmedo y todo se volvía líquido y candente: la noche, la cama, nosotros. Lenta y aún jadeante se iba escurrendo por mi cuerpo hasta quedar (des)cansada entre mis piernas.

Amanecía y ya Graciela se había marchado dejándome exhausto, adolorido y, como recuerdo, un perezoso gato negro que iba saliendo de entre las sábanas manchadas de sangre. Un odioso gato cada mañana; que cada mañana yo arrojaba al lote baldío de enfrente. Cada domingo descubría las gracias de Graciela: un cuerpo cada vez más cicatrizado y débil y un gato nuevo en la recámara. También en el baldío se iban acumulando los maullidos de abandono de "Willi Cabrera" (cada gato traía su nombre firmado por Graciela), "El divino Edgar", "Johny García" y "Jotacé". Cuando ella se aparecía los sábados por la noche y me preguntaba por ellos, yo le mentía: "Todos se van, deberías aprender que los gatos son volubles e infieles".

La última noche llegó con el único gato que no corrí de la casa. "Éste, gatito mío, sí te será fiel". Nos tomamos las dos botellas de tinto, puso el disco de Gato Barbieri y apagó la luz; la luna se quiso asomar por la ventana. Fue esa noche, entre su cuerpo desnudo, que me di cuenta que había perdido la voluntad; desarmado dejé que sus uñas, sus dientes y su

lengua cumplieran con el rito de despejar la duda en un cuerpo decadente y domesticado, era tarde para cualquier razonamiento. La misma rutina salvaje se repitió en el sillón de la sala. Esa noche vi flamear pequeños pares de ojos, oí insistentes maullidos que distorsionaron el sonido del saxofón del Gato mayor. El aire se iba razgando y Graciela cada vez más fuerte y yo embrujado, embrutecido por una piel suave y unas ganas de chupar esos labios escondidos entre la pelambre y recorrer un cuerpo cada vez más amplio y elástico. De entre las sombras unas lenguas cautelosas y ríspidas recorrían tus nalgas y parte de mis piernas; con este frotar áspero, te arqueabas y tensa como un arco esperabas mi flecha. Tu cuello alargado entre mis manos crispadas. Mientras mi lengua a tientas buscaba tu lengua, un bellón por mis costillas me produjo un escalofrío que me erizó los pelos de la nuca /aprieta gatito aprieta/ un olor a hierro me encendió y comencé a cerrar más y más; la música crecía y los espasmos eran violentos

/¡muévete, muévete!/ gemías y tu cuerpo se tensaba al máximo y yo no aflojaba /¡más fuerte!/ fuegos artificiales, círculos luminosos, maullidos, saxofón y un grito que se ahogaba...

La luz de la luna me sorprendió en el lote baldío completamente sucio, arañado y con un pequeño labio de sangre en mi mejilla.

#### IV

"...los gatos son horribles ya de por sí, en ellos la suavidad, lo mullido, se encuentra enclavado en furiosos maullidos, en arañazos, en chillidos horribles, sí, chillidos, los gatos sirven para las caricias, pero también para las torturas, son gatitos, pero también son gatazos..." La noche dura. Gato Barbieri gira en silencio y del baldío crecen los maullidos que arañan ya la puerta y no quiero salir y asustarlos, porque esta vez no se irán y no bastará ni el palo, ni el miedo, ni esta lucha por tratar de despertar.

